

HERALDO DE MURCIA

AÑO III

DIARIO INDEPENDIENTE

NUM. 647

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la península una PESETA al mes.—Extranjero, tres me-
ses 7'50 PESETAS.
Comunicados á precios convencionales
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

JUEVES 3 DE MAYO DE 1900

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id. id.
En primera. 00'20 id. id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15

Una interview

Vagaba yo, ya muy entrada la noche, por uno de esos barrios que han conservado su carácter resistiendo tenazmente las invasiones de la urbanización moderna, y donde la fantasía puede fácilmente evocar la imagen de cosas que fueron. Al atravesar cierta tortuosa callejuela llamé mi atención una débil luz que salía de la ventana de un piso bajo. Miré. Por entré las entreabiertas cortinillas alcancé á ver una pobrísima estancia. En medio de ella, y junto á humilde mesa de no pintado pino, una mujer joven y hermosa cosía con afán á la tenue luz de brumosa y mortecina lámpara.

¿De dónde me vino la idea de interviewar á la costurera? Sin duda debió sugerírmela el recuerdo de las declaraciones de la bella Otero, que había leído aquella misma noche en un periódico de gran circulación. Experimentaba viva curiosidad por penetrar los misterios de aquella vida triste y laboriosa. No siendo la hora la más propicia, aplacé mi empresa para el siguiente día.

Mediante una módica propina, el portero, un vejete de aspecto socarrón, me dió, con aire malicioso, cuantas noticias le pedí. Llamé luego á la puerta, y salió á abrirme una mujer. Era la obrera de la vispera.

—¿Doña Fulana de Tal?—pregunté.
—Yo soy; ¿qué se le ofrecía á usted?
—Señora—dije,—soy periodista y deseo celebrar con usted una interview.
—¿Una interview?

—Sí, una entrevista, un coloquio, un diálogo cuyo contenido sirva para aplacar por un momento la voracidad de ese monstruo insaciable que se llama el público.

—A nadie importan mis asuntos—respondió con cierta sequedad.—El público no puede interesarse en ellos. Yo pertenezco por completo á la vida privada.

Traté de convencerla. Si, ella podía suministrarme datos que fuesen para el público motivo de interés; más que eso, de edificación y de ejemplo. No todo había de ser comentar los hechos y dichos de los personajes rimbombantes. También en las existencias modestas, que se esfuerzan en pasar inadvertidas en medio del tumulto social, había para el pensador y el humanista asuntos dignos de atención.

—Pregunte usted—me dijo en tono resignado, reanudando su interrumpida labor.

—Perdone mi atrevimiento. La indiscreción es la virtud de mi oficio. Usted es dueña de contestar ó no á mis preguntas, según le acomode. ¿Es usted viuda?

—No, señor; soy casada.

—Acaso su marido habrá ido al Transvaal á pelear en favor de los boers, como el amigo de la bella Otero.

—No creo que haya ido tan lejos. Cuando nos casamos era él un muchacho sin iniciativas, sin voluntad, hijo de una familia opulenta venida á menos. No sabía, como decirse suele, ganarse una peseta. Pronto se consumió mi dote y con ella se desvaneció su amor. No ha tenido valor para luchar con la miseria y las privaciones. Un día desapareció. Se fué... no sé adónde. No le oí. Donde quiera que esté deseo solo que sea feliz.

Una lágrima resbaló por sus mejillas y cayó sobre la blanca tela.

—Aunque la pregunta me parezca ociosa—dije contemplando la desmantelada habitación,—quiero seguir paso á paso en este interrogatorio el plan que de antemano me he propuesto. La bella Otero compró días pasados en una joyería de la Carrera de San Jerónimo una magnífica perla negra. ¿Es que usted no tiene algunas joyas?

—Una tengo—respondió sonriendo dulcemente,—y tal que nunca figuró otra semejante en el joyero de una reina.

Como esta respuesta despertara mi curiosidad, se levantó, puso un dedo sobre sus labios, me hizo seña de que la si-

guiera de puntillas, y alzando una blanca cortina me mostró un hermosísimo niño de pocos años que yacía en el lecho profundamente dormido. Aquella era su joya. La pobre mujer había repetido sin saberlo la arrogante frase de la madre de los Gracos.

Luego, aludiendo sin duda á sus ansiedades por el porvenir de la criatura, murmuró:

—He aquí mi cielo y mi infierno.

—Otras alhajas tuve—añadió, volviendo á su trabajo,—de esas alhajas que se compran y se venden, y sobre todo que se empeñan. Todas se fueron una á una. No me ha sido posible conservar ni aun aquellas que representaban para mí recuerdos sacratísimos: el medallón de mi madre, mis primeros pendientes, mi anillo de boda... La vida es difícil. Considere usted! Doce céntimos el panecillo, un real el kilo de patatas! No siempre se come.

—¿Y cuánto gana usted cosiendo?

—Trabajando de doce á catorce horas puedo sacar unos seis reales. Cuando encargan algún bordado se gana algo más. También se gana más haciendo vestidos, pero ¡hay tan pocos! Las camisas para soldados se hacen pronto, pero ¡las pagan tan mal! Lo peor son los paros. El trabajo se acaba y se pide y se obtiene como un verdadero favor. De algún tiempo á esta parte un sinnúmero de congregaciones de hermanitas acaparan toda la labor para hacerla por manos de las mujeres pecadoras y arrepentidas, á quienes recogen y amparan.

Al oír estas palabras asaltóme el recuerdo de un sinnúmero de hombres públicos, igualmente pecadores y arrepentidos, que han ido á hacer penitencia en el festín del presupuesto. ¿Será necesario haber pecado para poder vivir aquí? ¿Estará constituida esta sociedad como una especie de asilo para las Magdalenas de uno y otro sexo?

—La bella Otero—le dije—se propone abandonar su profesión y consagrar el resto de sus días á hacer el bien que le sea posible en un honesto retiro. ¿No piensa usted también dejar la costura?

Miróme sorprendida.

—¿Dejar la costura! ¿Y con qué había entonces de vivir? Esa señora de que usted habla será sin duda rica por su casa y así no necesita...

—No lo crea usted. Nuestra hermosa compatriota es de origen humilísimo. Le ha hecho rica el ejercicio de una profesión lucrativa. Esto la permitirá vivir en lo sucesivo con holgura, y aun con opulencia, gracias al fruto de su trabajo.

La costura no da para tanto—replicó mi interlocutora con un suspiro.

Contemplábala yo mientras cosía con infinita compasión. Envejecida antes de tiempo, ajada por las penas y las privaciones, los restos de una belleza, que debió ser un tiempo espléndida, bastaban aún á hacer de ella una muy hermosa mujer. Pronto á la lástima sucedió en mí la admiración. ¿No es en verdad heroico arrostrar voluntariamente la miseria que se puede evitar con solo quererlo?

Alzó ella los ojos, y acaso leyó este pensamiento en los míos. Ello es que se levantó como para dar fin á la entrevista. Ofrecíle mis servicios, que rehusó con una dignidad natural y sin pizca de afectación, y me retiré.

Al dejar la pobre estancia hondos meditaciones embarazaban mi mente. Pensaba en la moderna Friné, ídolo del culto de la Venus fácil. Pensaba en los estragos que harán en las fantasías femeninas su fausto, sus servidumbres, sus tocados, su hotel de la Avenida Kleber y los siete millones de francos en que están tasadas sus alhajas. Pensaba en la muchedumbre de criaturas que pudieran haber sido redimidas con esa suma de la indigencia y de la infamia. Pensaba en la singular textura de una sociedad que predica la virtud y premia al vicio y le enaltece. Pensaba en la peregrina manera con que la prensa cumple á veces su misión moralizadora...

Pasé los ojos por un diario de la mañana: discurso de Moret; declaraciones

de Sagasta; propósitos de Silvela... Y vinome á la memoria la imagen de muchos hombres llenos de inteligencia y rectitud que viven en la oscuridad y la pobreza...

«¡Virtud, no eres mas que un nombre!» estuvo á punto de exclamar, como el matador de César después del desastre de Filipos. Pero me contuve. No menester es que la virtud tenga muy hondos raíces en el corazón humano para que logre sobrevivir resistiendo á la acción deletérea de espectáculos semejantes.

Alfredo Calderón.

CANALEJAS

Cáusanos verdadera y profunda admiración los grandes cerebros, las superiores inteligencias, los entendimientos elevados que resplandecen con divinas llamaradas de ideas, iluminando gloriosamente su propia historia en la esclarecida humanidad de los ilustres genios; pero nos inundan de misterioso encanto, que nace espontáneo y se agranda rapidísimo, desbordándose por los labios en elogios hiperbólicos; ¡que á tanto llega la fuerza intensa de la emoción, si la pequeñez de la hipótesis sirviera para encomiar tanta grandeza! cuando contemplamos precipitarse en otros, ungidos por la sagrada musa inspiradora, la blanca cascada de la elocuencia, en cuyas espumas brillan al descomponerse maravillosamente, todos los varios é irisados matices del pensamiento.

Profesamos rendido culto de admiradores fervientes á la soberana magestad de la palabra humana, que tiene de la idea su esplendor invisible, de la escultura sus formas delicadas, de la poesía su belleza conmovedora, de la música su ritmo sonoro y gallardo; y en tal concepto, ante el gran Canalejas, sentimos los sinceros sentimientos de una perduradora admiración, que brota de lo profundo de nuestra alma, hasta los puntos de la pluma, inautorizada y pobre.

Canalejas fué en pasados tiempos una esperanza dichosísima, para ser hoy ya, en la admirable plenitud de su poder intelectual, toda una aclamada gloria española, que contunde en el foro y explica en la cátedra y vence deslumbrando en la tribuna.

Canalejas, desde los propios comienzos de su vida pública, revelaba visiblemente que en la esfera de su cerebro se contenía algo grande, extraordinario, la secreta virtud de un inmenso talento, que fecundado con la labor del estudio, daría prestigio á su nombre, gloria á su patria, decoro inmarcesible al Parlamento, siendo triunfal su destino en la vida.

Canalejas posee un entendimiento poderoso, una imaginación exuberante, una memoria privilegiada, una cultura singular, una palabra llena, severa, magistral, que siempre brinda nuevas é incomparables bellezas originales al auditorio, y le cautiva, seduce y electriza con la magia de su dicción correcta, con la sublimidad de sus conceptos profundos, con la oriental galanura de imágenes bellísimas, con toda su artística labor oratoria, la cual parece salir cincelada, como obra maestra del griego Fidias, del fondo de su espíritu creador.

Canalejas piensa alto, siente hondo y habla claro. Piensa alto porque vive como remontado á un mundo inmaterial de ideas luminosas; siente hondo, porque en la fibra delicada de su sentimiento, todo responde con una nota armónica á la impresión externa; habla claro, porque en él palpita, con acentos vehementes, la libertad que inflama las almas purificadas y enalteciéndolas, pues que Canalejas tiene en la democracia, sincera, franca, en la verdadera democracia, su culto más fervoroso del amor más acendrado.

Canalejas, cuando por los años juveniles alborcaba su serena razón en los esplendidos campos de la ciencia, fué ya un ilustre literato, para ser un juriscónsulto eminente, un parlamentario notabilísimo, que cuenta sus celebradas oraciones por resonantes triunfos, por fe-

chas memorables, por imponderables quilates de fama conquistada.

Canalejas es una ilustración vastísima, informada en el espíritu progresivo de los tiempos modernos, que anima y orienta la vida de los países cultos, cuyo movimiento intelectual, domina por completo Canalejas, porque él es gran sociólogo, no extraviado en los falsos iluminismos del desequilibrado teorizante, sino con la magistral sabiduría del cirujano, que ha visto descubiertas por su escalpelo primoroso las incuradas llagas y conoce la salvadora aplicación del canterito, que quema y regenera y sana.

Canalejas vale tanto, sabe tanto, habla tan bien, que cuando admirados y absortos hemos leído sus discursos políticos, extensos, atildados, hermosos, soberanamente hermosos, parece como que hemos tenido delante la senda obra científica, fraguada en las reposadas meditaciones del sabio, en la cual cada concepto y cada desarrollo y cada período hubieran surgido penosa y laboriosamente al choque relampagueador de las brillantes ideas en el cerebro, para luego encadenarse con las pesadas monotonías de la regleada línea negra, en las áureas páginas del libro doctrinal: los discursos de Canalejas son así, con tanta natural y espontánea hermosura, porque el astro da luz, raudal la fuente, armonías el pájaro cantor, los grandes espíritus altísimos y sorprendentes revelaciones.

Canalejas lo abarca todo en los amplios é indefinidos horizontes de sus innumerables conocimientos generales y todo lo esclarea y agrupa bajo la coordinación ideal de síntesis grandiosas, reflejadas por modo portentoso en sus discursos parlamentarios, como en sus escritos esculturales tallados en mármol pentélico. Discute un árido y difícil asunto rentístico, donde las palabras han de marchar sueltas obligadamente al cálculo frío de la severa matemática en invariable cánón, y después debate sobre novísimas materias de enseñanza en los adelantados pueblos europeos, con la consumada ciencia de un catedrático venerable, y luego sobre las complejas cuestiones del Ejército y la Marina, cual si llevara desde largo tiempo dorados entorheados en las bocamangas ó prendida en las charreteras el áncora simbólica, y... más tarde se yergue arrogante y varonil en la honrosa tribuna de culto palenque literario y deleita á los oyentes embebecidos, que penden con la atención suspensa de sus inspirados labios, en los que surge radiante el verbo convertido en nota musical, engarzando Religión, Filosofía, Literatura, Historia, todo cuanto ennoblece y hermosea al pensamiento en los ámbitos de la conciencia racional como sarta deslumbradora de perlas con oriente, en el invisible hilo de oro de su elocuencia.

Canalejas tiene múltiples y reconocidas aptitudes, y todas desenvueltas y todas cultivadas y todas plenas, en su máximo grado de expansión admirable, que son á producir un maravilloso equilibrio espiritual.

Pensando en esto, cuando anoche, abstraídos y mudos, reposábamos placidamente en la grata somnolencia del éxtasis, escuchando al Sr. Canalejas, que tomaba en rapidísima gradación las gigantescas proporciones del coloso; considerando en que debemos tender siempre la mirada hacia lo alto, para llenarnos la retina con la inmortal belleza de las figuras grandes, las cuales irradian permanentemente resplandores inextintos, nos preguntamos nosotros en la intimidad del propio yo; ¿y quién es Canalejas? respondiéndonos la conciencia, con sordo acento de elocuencia misteriosa:

«Canalejas es señor de un imperio sin límites ni fronteras, que tiene por cetro soberano y augusto el cetro de la palabra, siempre triunfante, por imperio infinito el cielo de las ideas, todas sublimas, que flotan en su mente esplendorosa como en la inmensidad flotan los mundos».

Luis Díez de Revenga y Guirao.



El general Armero

Reorganizador valiosísimo de la Marina, á la que profesaba entusiasta cariño, el general D. Francisco Armero y Fernandez fué antes que soldado heroico, político acertado y gobernador inteligente y honrado marino ilustre y á su honrosa profesión dedicó todos sus esfuerzos y todas sus energías.

Nació en Fuentes de Andalucía el 3 de Mayo de 1804, y á los quince años, por gracia especial vistió el uniforme de guardia marina prestando servicio desde 1820 á 1823 en los barcos de la Armada que recorrian las costas hasta que en el Trocadero recibió el bautismo de sangre,

Mandando el cañonero «Leopoldino» luchó en la primera guerra civil, contra los carlistas defendiendo las costas de Vizcaya, y entre otros servicios heroicos hizo el de llevar pliegos al gobernador de Bilbao, sitiado por los carlistas y teniendo que pasar con su barco bajo el fuego de los contrarios.

Por acción tan meritoria fué ascendido á capitán supernumerario de fragata, grado que hizo efectivo en 1837.

Formó también en la escuadra que fué al Callao y en varios combates allí librados patentizó su serenidad y su arrojo.

Otro acto de valor realizó en la célebre noche de Luchana saliendo de su buque y poniéndose á la cabeza de cinco cazadores de Zaragoza. Con tan reducida fuerza se apoderó de un cañón de á cuatro que tenían los carlistas en su batería, y á pesar de haber sido herido en un muslo siguió en su puesto mandando y organizando las tropas que llegaban.

En varias legislaturas representó á Sevilla en las Cortes y más tarde en el Senado, sobresaliendo por la franqueza, la convicción y la energía de su palabra.

Fué ministro de Marina, otras veces de Marina y Guerra y en otras de Marina y Gobernación llegando hasta formar y presidir gobiernos, sosteniendo siempre su preclaro nombre de honradez é inteligencia.

Pero Armero, como hemos dicho, era ante todo militar; marino, despreciando las preeminencias del poder para mirar por la marina que estaba en estado deporable y á la que elevó á una altura honrosa que puso término al pasado desbarajuste.

Como arrojado y humanitario le retrata el siguiente hecho ocurrido al navegar por la costa de Portugal y que le valió la cruz de marina de la Diadema Real: Cayóse al agua un marinero al verificar una maniobra y en vano luchaba con las olas para salir á flote, viéndose más envuelto á cada nuevo y desenfrenado esfuerzo. Entonces Armero impulsado por sus nobles sentimientos se arrojó al mar logrando salvar la vida del marinero con verdadera exposición de la suya propia.

El general Armero falleció en Sevilla el 1.º de Julio de 1866.

Hernando de Acevedo.

DE MADRID Á MURCIA

Sr. Director del HERALDO DE MURCIA.
Declaraciones importantes

Interrogado el fiscal del Supremo señor Viada sobre la actitud que se adoptará en el manifiesto publicado por la Unión Nacional, ha dicho que la resistencia al pago en los tributos constituye evidente delito.

Excitar á la resistencia al pago, negar los medios de vida al gobierno es más criminal que incitar á la rebelión.

Dice que ha telegrafiado al fiscal de Zaragoza para que haga cumplir la ley.

Dice que es también muy justo que se procese á los periódicos que reproduzcan

